

de humildísima confianza, la diríamos: Amada Niña, no pertenecéis á Vos misma; sois nuestra. Y también, en el segundo caso, elevaríamos á su trono esta oración: Levántate, ¡oh Señora! ¿Por qué haces como que duermes? Levántate y no nos desampares..... ¿Cómo es que retiras de nosotros tu rostro y te olvidas de nuestra miseria y tribulación? Porque nuestra alma está humillada hasta el polvo, y estamos postrados en tierra, pegado nuestro pecho al suelo. Señora, levántate y socórrenos (1).

Nada puede amar una madre con tan gran cariño como el fruto de su seno; sin embargo, en María, respecto de nosotros, hay un prodigio inexplicable de ternura: consiente en la concepción del Hijo del Eterno, que se hace también suyo, y en ese mismo instante permite que sea entregado á la muerte por el hombre. ¡Cómo el corazón de una criatura puede resistir esas profundas y contrarias emociones! Su espíritu se inunda en las fuentes de la vida, en un piélago de inefables y purísimas delicias, cuando es Madre del Eterno; y se agotan las fuentes de esa vida, y vuélvese tinieblas su luz bella, si el Hijo de su seno ha de morir. El amor es fuerte como la muerte..... Las muchas aguas no lo pueden extinguir, ni los ríos lo pueden sofocar (2). Hé aquí el prodigio de que hablamos: el amor de María para nosotros, preséntale una fortaleza sobrehumana, y ni el dolor ni el gozo, elevados á su mayor potencia, son capa-

(1) Ps. XLIII, 23, 26.

(2) Cant., VIII, 6, 7.

ces de mudar su corazón: no cabe en ese corazón, debilidad; es noble, generoso, resignado y superior á los dolores y á la muerte; nos ama, y su amor no cambia, ni se entibia, ni envejece; parécese á la luz hermosa de la aurora, que brilla por la mañana, cuando sale el sol, sin nube alguna (1), y va en aumento, y crece hasta el perfecto día (2). ¿A qué podremos comparar el amor de nuestra dulce Madre? ¿Al mar? Pero al mar ha dicho Dios: «Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante (3). Mas ¿dónde hallaremos los límites que puedan contener el amor de María para nosotros? La luz del sol y la lluvia fecundante, ¿serán el símbolo perfecto de ese amor, pues Jesús ha dicho que su divino Padre hace nacer el sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los pecadores? (4). Ciertamente, del astro de la luz está escrito: «¿Qué cosa hay más resplandeciente que el sol? Pero el sol se eclipsa, y conoce el ocaso» (5). En cuanto á la lluvia, el Señor algunas veces manda que las nubes no la derramen sobre su viña (6). El amor de nuestra hermosa y tierna Madre nunca muere para el hombre ni amortigua su pura y viva llama. Dios mismo la encendió sobre la tierra; y ¿qué otra cosa quiere Dios sino que arda y abrase al mundo en sus incendios? (7).

(1) II Reg., XXIII, 4.

(2) Prov., III, 18.

(3) Job, XXVIII, 11.

(4) Matth., V, 45.

(5) Eccl., XVII, 30; Ps. CIII, 19.

(6) Isa., V, 6.

(7) Luc., XII, 49.

Jamás el Señor separa de los hijos esta Madre, que á todos amorosa cobija con su manto, y es el refugio del hombre en la desgracia. Solamente al amor que Jesús nos tiene podemos comparar la ternura de María: ciertamente, aquel amor la excede sin medida; mas con todo, no hay otro que así se le parezca (1).

El amor de María camina sobre las olas del mar, porque Ella nos salva en las tremendas borrascas de la vida, renueva la gracia en nuestras almas y las llena sobremanera de sus aguas, como un mar (2). Ese amor es el lucero de la mañana, la luna que brilla en tiempo de su plenitud, el resplandeciente sol que alumbra la existencia; iris que resplandece en cándidos celajes, flor de la rosa de primavera, cuyo perfume alegra el corazón, azucena junto á la corriente de las aguas, árbol de incienso que despide celestial fragancia, luciente llama, vaso de oro macizo, guarnecido de toda suerte de piedras preciosas, olivo que retoña, ciprés que descuella por su altura, palmera cercada de retoños y racimos (3); abundante y apacible lluvia de los cielos, que recrea la heredad del Señor (4). Hé aquí lo más bello y sublime que hallamos en los libros santos; y, sin embargo, estas figuras son, cuando pensamos en la Santa Niña de nuestros amores, sombras que se desvanecen, imágenes sin vida, flores sin aroma; porque Ella

(1) D. Bern., Serm. I. Ex. verb. Apoc.

(2) Eccl., XXIV, 43.

(3) Idem, I, 6 et. seq.

(4) Ps., LXVII, 10.

es superior, después de Dios, á cuanto existe. Y también por esto, sus amantes ven el mundo con desprecio; las bellezas de la tierra no han nacido para cautivarlos, porque otras muy distintas son las cadenas que llevan los hijos de María, de cuyo servicio está escrito: «Mete, hijo mío, tus pies en sus grillos, y tu cuello en su argolla; inclina tus hombros y llévala; y no te sean desahucadas sus prisiones. Acércate á Ella de todo tu corazón, y con todas tus fuerzas sigue sus caminos.... En tus postrimerías hallarás en Ella reposo y se te convertirá en dulzura. Y sus grillos serán para ti fuerte defensa y firme base, y sus argollas un vestido de gloria, pues la sabiduría es el esplendor de la vida, y sus ataduras una venda saludable. De Ella te revestirás como de un glorioso ropaje, y la pondrás sobre la cabeza como corona de regocijo» (1). Mas de las tristes cadenas del mundo, hé aquí lo que el Señor nos dice: «¡Ay de vosotros los que arrastráis la iniquidad con las cadenas de la vanidad, y al pecado á manera de carro, del cual tiráis como bestias!» (2). Los hijos de María ven el mundo con desprecio, lo contemplan con horror, y pasan la vida en desierta tierra, sin agua y sin camino, exclamando: «De tus castísimos amores está sedienta mi alma: ¡y de cuántas maneras lo está también mi cuerpo!» (3). Cuando atienden sus locas alegrías, dicen también: «Tedio me causa ya el vivir; soltaré mi razona-

(1) Eccl., VI, 25 et seq.

(2) Isa., V, 18. D. Aug. Conf., I, VIII, c. 5.

(3) Ps., LXII, 2, 3. Paraf. Mari.

miento contra mí; hablaré en medio de la amargura de mi alma» (1). Y ¿cómo, efectivamente, fijarnos en los objetos de la tierra, cuando el corazón se ha elevado al trono de María, y, aunque entre sombras, ha podido contemplar su gloria y hermosura? Por esto, al bajar los ojos, y estando en medio de objetos que nos halagan y disipan, el recuerdo de nuestra querida Niña nos llena el corazón. ¡Ah! Si yo me olvidare de Ti, hermosa Virgen, entregado sea al olvido, y quede seca mi mano diestra. Quede mi lengua pegada al paladar si no me acordare de mi dulce Madre, si no la tuviera por el primer objeto de mi alegría (2). Entonces, sin cesar, vienen al alma los favores, la ternura, la bondad, la belleza de María, y comprendemos que, después de Dios, Ella nos ama incomparablemente, y merece, como nadie, nuestro amor. ¡Oh, quién la amase con cariño inmenso y tuviera en Ella eternamente el corazón! Mas ¡ay dolor! ese corazón á cada paso sálese del pecho y nos deja abandonados (3). Si fuera para volver al seno de nuestra bendita Madre, seríamos muy felices; viviríamos como ciudadanos del cielo (4), en los purísimos gozos del divino amor, inundados en torrente de delicias, y llena el alma de consuelo y gloria.

El amor de María nos arrebatara. ¿Qué podemos decir de nuestra Madre, de esa Virgen que ama-

(1) Job, x, 1.

(2) Ps. CXXXVI, 5, 6.

(3) Idem XXXIX, 13.

(4) Phil., III, 20.

mos desde niños? ¿No será mejor que, abrazados á sus pies, desahogemos nuestro pecho? Allí, entre suspiros y lágrimas ardientes, la diremos lo mucho que la amamos; uno por uno iremosle contando los grandes dolores que sufrimos, y cómo en todos ellos la Niña ha de ser nuestro remedio: si gozamos, si el cielo nos bendice, iremos también á suplicarla que tome parte en las santas alegrías que disfrutamos, porque ella es la delicia verdadera de nuestra alma, y sin María no queremos recibir ningún consuelo.

Mi Niña, mi amada, mi santa y dulce Madre, estamos abismados en las profundidades de tu amor sagrado; mas ¡ah, cuán cierto es que un abismo llama á otro abismo, y que al amarte con todo el corazón, quisiéramos luego los de todas las criaturas, y el mismo corazón de tu adorable Hijo para amarte! Porque tu amor no sabe descansar. Tú misma lo has dicho, amada Niña.» Los que de mí comen, tienen siempre hambre, y tienen siempre sed los que de mí beben» (1). ¡Oh Señora nuestra! Dadnos un hambre insaciable, una sed inextinguible de tu amor: hambre y sed que nos hagan de continuo andar buscando el manjar y la bebida que nos dan la gloria. ¿Acaso no eres Tú la que nos llama y dice así: «Venid á comer de mi pan y á beber el vino que os tengo preparado»? (2). Arrojamus nuestros cuidados y ansiedades en tu seno, y Tú cuidarás de darnos

(1) Eccí., XXIV, 29.

(2) Prov., IX, 5.

alimento (1); y nos darás también una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame (2). Así sea, benigna y dulce Madre, así sea; que tu amor nos consuele y vivifique, y siempre respiremos en su atmósfera sagrada.

CAPÍTULO VI.

LAS MONTAÑAS DE JUDEA.

§ I.



A expectación de María.—Un momento contemplemos la grandeza de la Purísima Virgen, que ya es Madre de Dios.

El Eterno ha manifestado con mucho esplendor su grandeza; hállese rodeado de gloria y majestad, hase vestido la luz como un ropaje, y ha extendido los cielos como un pabellón (3). «Los cielos, Señor—decía David—cantarán tus maravillas y tu verdad, en la congregación de los santos. Porque, ¿quién hay en los cielos que pueda igualarse al Señor, y quién entre los hijos de Dios será semejante á Dios? Dios, que está

(1) Ps. LIV, 23.

(2) Luc., VI, 38.

(3) Ps. CIII, 1, 9.

lleno de gloria en medio de los santos, grande y terrible entre todos los que le rodean. Tú dominas el poder del mar y sosiegas el furor de sus olas. Tuyos son los cielos y la tierra. Tú fundaste el universo y cuanto él contiene. Tú creaste el aquilón y el mar; el Tabor y el Hermón harán resonar con alegría las glorias de tu nombre. Tu brazo está lleno de un poder supremo; tu mano ostentará su robustez, y tu diestra será ensalzada» (1).

¡Cuánta es la grandeza del Señor! Jamás el hombre la puede comprender; sin embargo, Dios inclinó los cielos y descendió, llevando niebla obscura bajo sus pies (2). Hé aquí el solemne momento en que el Espíritu Santo viene sobre María, y la virtud del Altísimo le hace sombra, y es constituida Madre de Dios. ¿Quién pudiera medir su elevación? Hállase vestida de gloria divina; lleva en su seno el más rico tesoro del cielo; es depositaria de los más altos secretos de Dios; tiene parte en la reconciliación del hombre: parece imposible que la criatura llegue á tan sublime grandeza; mas Dios es quien lleva de la mano y sostiene á nuestra Niña, allá en la cumbre de toda elevación; y á Dios nada es imposible. Es ya también María la mujer que rodeó al varón (3) fuerte, al caudillo de Israel, á quien llama su Hijo verdadero. ¿Es Éste, por ventura, un ángel? Es el Criador del ángel y del hombre; es

(1) Ps. LXXXVIII, 6-14.

(2) Idem XVII, 10.

(3) Hier., XXXI, 22.